

en relieve, una frondosa orla de plantas tropicales - palmas, arecas, helechos, aros y lianas, - que entrelazan su follaje de oro y a un lado una cortina recogida que completa la composición; y supera el centro de la orla un busto en alto relieve de Cánovas, rodeado de una corona de siemprevivas con corazón de brillantes y sostenida por el león español. La labor es primorosa, obra de plateros, manileños también. Los rótulos é inscripciones chispean como trazados con luz: son de brillantes y de diminutos zafiros. Las ideas que despierta la contemplación de la placa podrían, en cambio, escribirse con tinta muy negra y desleírse en agénio. No sólo porque renueva la memoria y el dolor del siniestro atentado de Santa Agueda, que prepararon nuestros enemigos con atroces campañas de difamación y calumnia, sino porque ocurre que este mapa del archipiélago, dominado por la imagen de un muerto insigne, es á manera de otro retrato de persona difunta ya, conmemoración de algo que desaparece, que se disipa, que se hunde en el Océano... «¿Quién sabe si pronto no tendremos más Filipinas que estas?» Y el corazón se oprimía, y las chispas de lumbre de las piedras preciosas y del oro eran como irisaciones del sol en gotas de llanto...

\* \*

La tarde está hermosa; la vegetación del Retiro, regada, no solamente por las bocas, sino por los aguaceros de la pasada semana, tiene ese verdor ideal que parece un sueño de primavera; los carruajes, sin levantar polvo, ruedan suavemente por las calles y las avenidas, bajo el doble toldo de las ramas de los árboles y de las sombrillas de seda, abiertas como inmensas flores. El estanque - ese estanque donde no ha muchos días apareció un cadáver, sin que á estas horas se haya averiguado todavía si delataba asesinato ó suicidio, ni nadie haya vuelto á acordarse de esa víctima casi anónima - duerme sosegado, con ligera ondulación superficial, que da á sus aguas aspecto de sedosa tela de *moiré* azul. La gente entra en el *Palacio de cristal* á visitar la Exposición del Círculo de Bellas Artes.

Recorremos la galería, examinando los cuadros, y notando, como síntoma, la reaparición de un género años ha completamente en desuso: me refiero al pastel. Ha vuelto á ponerse en moda ese procedimiento tan fino y delicado, gracias á los mundanísimos retratos del artista Joaquín Vaamonde, por cuyo taller desfilaron todas las señoras de alto coturno de Madrid, y muchas de París, Londres y América. Como un tiempo Federico Madrazo, Vaamonde se ha creado su especialidad en estudios que, al copiar á la mujer, la idealizan, sorprendiéndola en el momento mejor, cuando su hermosura brilla con más hechizo, su silueta es más gentil, su atavío más artístico, sus líneas más airoas; revelando su belleza, en fin, y no ofendiéndola y mermándola con durezas y arrebatos de color, con implacables realismos que buscan la mancha de la tez, lo marchito de la forma y la huella siempre visible, pero no siempre evidente, del estrago de los años. Sin embargo, el que crea que Vaamonde es exclusivamente un pintor de damas y el pastel es - como he oído sostener á algunos - un procedimiento afeminado, cambiará de parecer si se fija en el retrato del eminente violinista Pablo Sarasate, obra también de Vaamonde, que figura en esta Exposición. El tipo mongoloide y la aborascada cabellera de Sarasate (que tiene, como todos saben, una cabeza sumamente original y característica) han sido interpretados por el retratista con extraordinaria energía y fuerza. Hay otro pastel en la Exposición - obra de Marinas - que también demuestra cómo la virilidad no está en el procedimiento, sino en la mano. Representa el pastel á que me refiero una especie de mendigo ó paleta, vestido de paño pardo, con abarcas, y es obra hermosa, que respira verdad y españolismo, unido á la minuciosa y sincera observación que distinguíó á la escuela flamenca.

Sin disputa, la perla de la Exposición son dos retratos de Domingo, un niño y una mujer entrada en años y envuelta en un mantón de los que llamaban *de alfombra*, ó sea de cachemir. Como el cazador que ve salir de la espesura una pieza real, así se quedaban parados y absortos los inteligentes ante tales trozos de pintura, que recuerdan la manera vigorosa y sugestiva de Rembrandt. Es lástima, lástima grande, que uno de esos retratos, dignos de la mejor sala de un Museo, y que debe de estar pintado hace ya bastantes años, tenga el corte oval, la figura de medallón que solía darse á los retratos hacia 1870. La figura de medallón roba campo á las cabezas y las empequeñece; tiene algo de artificioso, que contrasta con la sencillez de la acostumbrada figura cuadrilonga, más natural y por lo mismo más bella.

De Villegas llaman la atención dos estudios, un óleo y una acuarela, si no me engaño. El primero es el *Dogo ó Duc de Venecia* Marino Faliero, sentado en su trono; el segundo, Marino Faliero también, contemplando, abismado y tético, cómo se retiran, mudos y sin volver la cara, los que acaban de sentenciarle á muerte. El colorido y el sentimiento de ambos estudios son dignos de toda alabanza. Villegas ha llegado á reproducir fielmente la luz peculiar de Venecia, esa luz caliente, rica, intensa, que se refracta y juega en los vidrios ambarinos y azulinos de Salviati. El brocado de oro del traje del Duc es una nota encantadora para los que recordamos las entonaciones del firmamento, del mar y de los viejos palacios de la reina del Adriático. Pero no es sólo la factura lo que debe estimarse en Villegas: la actitud del Duc es expresiva y revela la tragedia de aquella alma de anciano conspirador por cariño á una esposa joven, por vengar su honra, por cobrarse de una infame sátira.

Menéndez Pidal, uno de nuestros pintores más serios, más concienzudos, ha afirmado sus grandes dotes en un cuadro de muy buena composición y ejecución, y de asunto interesante y poético, aunque no tanto como el del celebrado *Cristo de la Vega*, que fué un verdadero acierto en este sentido; Martínez Abades ha enviado marinas muy lindas. Lo que presenta Sorolla tiene carácter de estudio más que de composición meditada y detenida; pero en cuanto al desempeño, en este artista siempre magistral, se puede decir que lleva la marca de la garra del león.

Si mi propósito fuese hacer una reseña de esta Exposición, no dejaría de mencionar otros cuadros y de nombrar á otros artistas; pero por rápidamente que desfilamos dando la vuelta á la galería, no es posible dejarse en el tintero el *clou*, el monumento fúnebre de Gayarre, obra de Benlliure. Los periódicos lo han descrito, las publicaciones ilustradas deben de haberlo reproducido, y yo sé decir que este sarcófago, admirado sin tasa y criticado sin medida, me produjo una impresión especial, diversa de la que causan otros monumentos sepulcrales. No era, sin embargo, impresión inadecuada al destino del monumento, sino de melancolía; pero de una melancolía suave y apacible, casi consoladora. Es imposible idear manera más graciosa de hacer insensible el peso de la vida y el trance de la muerte, que la adoptada por Benlliure al concebir este sarcófago elevado, sostenido en alto, como si ya flotase en las regiones de la inmortalidad, en el éter divino de los cielos; ligereza aérea que tan bien se adapta á la reputación y á la gloria del cantante, escrita en el aire y por el aire borrada al punto mismo; y no cabe idea más *literaria* que la de ese genio que se inclina y aplica el oído para percibir misteriosas armonías que salen del sepulcro... El monumento á Gayarre simboliza el efecto de su acento angelical, que tantas veces conmovió nuestra alma, que nos arrancó lágrimas y nos hizo olvidar las miserias de la vida. No comprendo ciertas censuras, ni quiero que me regateen el placer de admirar y de sentir. A Gayarre no le conviene una sepultura fastuosa como la del condestable D. Alvaro de Luna, ni severa y fatídica como la de Napoleón. Monumento tan leve, tan inmaterial, modelado con nerviosa vehemencia, está en relación con la voz espiritualísima del incomparable tenor, aquella voz que tenía alas y que parecía venir de otras regiones.

\* \*

Un pintor de fama ya consagrada por el tiempo, Alvarez, ha terminado el retrato en grupo del rey y la reina Regente, gran lienzo que se destina al Senado. Ya se sabe el trabajo impropio y las dificultades que esta clase de retratos implica; apenas cabe ahondar el estudio del augustó modelo, por no fatigarlo é importunarlo, y es preciso acudir al auxilio de la fotografía, traidora aliada de la pintura. Alvarez, luchando con tales inconvenientes, ha conseguido dar al cuerpo de la reina regente su mismo aire y á su rostro la expresión habitual, entristecida y dulce. Los rasos, bordados, cintas, joyas, paños de terciopelo y demás accesorios, están desempeñados con la minuciosidad y la observación paciente que á Alvarez distingue. Una nota desentona en el cuadro: el pantalón de uniforme, *garancé*, del rey; un rojo moderno, desagradable á la vista, sobre un carmesí apagado, del tono simpático de las telas antiguas. Esto no se podía evitar, pues no ha sido poco triunfo conseguir que no desarmonice más aún. El retrato es, según conviene á su objeto, decorativo, solemne, y como obra de Alvarez, compuesto y pintado á conciencia.

EMILIA PARDO BAZÁN

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### IMPRESIONES DE ARTE

Al palacio que todos conocen en Madrid por *la Huerta*, ha llegado, como prenda de unión entre España y sus colonias, un recuerdo que Manila consagra á la memoria de D. Antonio Cánovas del Castillo. No puede ser más oportuno, en estos tristes momentos, el homenaje. La gran placa de plata con relieves de oro representa el archipiélago magallánico en toda su vasta extensión. Allí se destacan, recortadas y dentadas como encaje, las innumerables islas que componen esa región tan privilegiada de la naturaleza como mal beneficiada y aprovechada por los hombres. El cincel del orífice ha señalado y hecho resaltar la forma volcánica de las islas mayores, su espinazo y sus dos vertientes, en las cuales brota una flora magnífica y por las cuales se despeñan innumerables ríos, torrentes y arroyos, fecundizando las opimas cosechas. Al ver estas islas de oro, claveteadas de rubíes, mi imaginación evocaba las otras, las verdaderas, las que rodea, no una inmóvil hoja de plata, sino el peligroso y artero mar de la China, fecundo en tormentas, bagües y tifones. Si nosotros fuésemos una raza con verdaderas aptitudes colonizadoras, mercantiles é industriales, ¿qué partido habríamos sacado de ese paraíso, que acaso en plazo breve será el paraíso perdido para nosotros!

El suelo de Filipinas es de una fertilidad realmente paradisíaca. Sólo con el algodón y el abacá, el café, el tabaco y el azúcar que en Filipinas es fácil cosechar en cantidad cien veces mayor de lo que se cosechaba, España pudo haberse apoderado de los mercados del mundo, compitiendo de un modo triunfal con los ingleses y los norteamericanos. Nosotros no servimos para eso. Recogemos lo que Dios nos da buenamente, y no pensamos en otra cosa. Sólo al ver que nos lo disputan, que lo codician, que se tienden asechanzas á nuestra propiedad, nos damos una palmada en la frente y reconocemos lo que valía la prenda antes desdeñada. Que nos pidan nuestra sangre y la derramaremos. Sangre, sí; actividad, laboriosidad, constancia, esfuerzos diarios, no.

Todos estos pensamientos, que nada tienen de alegres, me los sugería la contemplación del espléndido tributo que á la memoria de Cánovas dedican los manileños. La placa, que tendrá de alto unos setenta y cinco centímetros, ofrece, además del mapa